

“Cuenta un cuento o una historia y, en los días siguientes, haz que los Niños lo lleven a su consciencia al hablar y tratar sobre aquello. Si ahora, a esto que han recordado, tratado y “hecho suyo”, le añadimos una sencilla melodía o una pequeña interpretación, recitación, etc., ésta será cantada, recitada o sentida por los Niños con tal entusiasmo y dedicación que les penetrará hasta el corazón, lo mismo que dicho cuento o historia. Esto sucede también cuando enseñamos algo abstracto a través de la música o, en general, a través del arte” v.g.s.

LA FLOR DE FUEGO

3º 4º

Rusia

1. Vá - mo - nos can - tan - do al pra - do, vá - mo - nos sin pri - sas de - ba - jo
2. Va - mos e - li - gien - do las ra - mas más per - fec - tas, las no que - bra - das

7

3
de un ár - bol muy, muy blan - co, ra - mas, tron - co muy, muy lar - go.
grue - sas, rec - tas ya - lar - ga - das pa - ra ha - cer la ba - la - lai - ka.

<https://ideaswaldorf.com/balalaika/>

A orillas de un ancho río ruso se extendía un gran pueblo. Verdes pastos y fértiles campos de tierra negra y rica se perdían en el horizonte. La vida era buena en este próspero pueblo, y en cada casa había un escondite con una olla llena de relucientes monedas. Pero el más rico de todos era el molinero. Poseía un hermoso molino y una hija aún más hermosa. ¡Todos los hijos de los campesinos de la región estaban enamorados de la bella Wassilissa y soñaban con sus trenzas doradas y sus ojos azules como acianos! Pero el orgulloso molinero no consideraba que ninguno fuera lo suficientemente bueno para su hija. Sin embargo, ignoraba que la joven había entregado su corazón hacía tiempo. ¿A quién? Pues, al muchacho más hermoso del pueblo: el pastor, un huérfano sin casa ni dinero, pero con ojos que brillaban como estrellas y una sonrisa más cálida que un rayo de sol. ¡Ay, podría haber tenido a cualquier chica si tan sólo tuviera dinero! Y algunas lo habrían aceptado incluso sin dinero. Pero él sólo tenía ojos para la hija del molinero, y ella para él.

Cada noche se encontraban en la otra orilla del río, donde los altos árboles del bosque se reflejaban en el agua cristalina. Pero su futuro parecía oscuro, pues sin la bendición de sus padres, Wassilissa jamás podría casarse con él.

Y para que eso ocurriera, tendría que suceder un milagro, pensaban. Habían encendido innumerables velas ante los severos ojos de los íconos en la iglesia, pero sin resultado.

Como todos los rusos, los habitantes de este próspero pueblo disfrutaban celebrando fiestas. Era una de las antiguas costumbres heredadas de sus ancestros. Así, era tradición que en la

noche del 24 de junio, la víspera de San Juan, encendieran juntos las hogueras en los pastizales fuera del pueblo. Los mayores llevaban deliciosos bocadillos y "kvas", una bebida agri dulce hecha de pan fermentado. Las chicas llevaban coronas de flores tejidas por ellas mismas, y los jóvenes sus camisas rojas de domingo. Y, por supuesto, no faltaban las balalaikas y los acordeones. Las llamas de las hogueras crepitaban hacia el cielo, y todo el prado se llenaba de música, bailes, cantos, gritos y risas. Al otro lado del prado fluía el río, y las chicas arrojaban sus coronas de flores al agua en secreto. Pues si la corriente se la llevaba rápidamente, pronto habría una boda. Pero si la corona se enredaba en algo o, peor aún, si se hundía ...

Incansables, los jóvenes bailaban en corro alrededor del fuego, y las parejas de enamorados saltaban audazmente de la mano sobre las llamas. Finalmente, cansados, se sentaron junto al viejo mendigo ciego que había aparecido de repente, sin que nadie supiera de dónde venía. Quien viaja mucho suele saber historias extrañas. Y bajo el hechizo de la misteriosa fiesta de verano, lo rodearon.

"Por favor, abuelo, ¡cuéntanos un cuento!"

El anciano alzó el rostro hacia el cielo oscuro, donde ya brillaban las primeras estrellas, y dijo:

"No, esta noche no les contaré un cuento, sino algo que es verdad. Escuchen: Hoy es la noche de San Juan, y los sabios dicen que en esta noche ocurre un milagro. En lo más denso del bosque, donde crecen los helechos gigantes, florece tres veces la Flor de Fuego. Su luz atraviesa incluso la tierra. ¡Bajo las raíces de los helechos yace un tesoro escondido! Oro, plata y piedras preciosas que brillan como nadie ha visto jamás. Bajo la luz de la Flor de Fuego, el tesoro se hace visible, y el valiente que se atreva a arrancarla podrá tomarlo y ser rico para siempre. Pero... ¡oh, cuán grandes son los peligros!"

El viejo mendigo calló y quedó mirando al vacío con sus ojos muertos. Los adultos y niños que lo rodeaban también guardaron silencio. De pronto, alguien rió. Era el avaro molinero. Su voz cortó el silencio reverente.

"¡Vamos, muchachos, esta es una gran oportunidad para los más valientes! Sé que muchos sueñan con desposar a mi hija. ¡Aquel que me traiga el tesoro será mi yerno!"

Dos jóvenes se levantaron: el hijo de un campesino rico, arrogante y vanidoso, cuyo propósito de matrimonio Wassilissa había rechazado varias veces, e Iván, el joven y rubio pastor.

"¡Yo traeré el tesoro!", gritó el campesino con arrogancia. *"Ni Dios ni el diablo me lo impedirán"*

Iván guardó silencio y sólo miró el rostro de su rubia muchacha. El mendigo ciego sacudió la cabeza y murmuró: «Que Dios esté con nosotros». Se persignó, y muchos hicieron lo mismo. No así el hijo del rico campesino, conocido por preferir la taberna del pueblo a la iglesia los domingos.

Cayó la noche. Las hogueras casi se habían consumido, y poco a poco los aldeanos regresaron a sus hogares. Sus canciones y la música del acordeón resonaron durante mucho tiempo sobre el prado... Finalmente, sólo quedaron los dos jóvenes y, escondida tras un grueso roble, Wassilissa.

El hijo del campesino miró con desdén al pastor y le espetó:

«¡Descarado patán, ¿cómo te atreves a poner tus ojos en mi prometida?! Mis criados te matarán a golpes».

Con grandes zancadas, se dirigió hacia el río. Iba a buscar el tesoro y hacer de la orgullosa Wassilissa su esposa. Si tan sólo el viejo había dicho la verdad...

En el prado ya sólo quedaban el pastor y la muchacha. Wassilissa lo abrazó y le suplicó que no entrara en el oscuro bosque. De algún modo, Dios les ayudaría. Pero Iván negó con la cabeza, riendo. ¡Era la gran oportunidad de conquistarla!

«Reza por mí, querida», dijo, «y Dios me protegerá».

Para entonces, la oscuridad era total. La delgada luna creciente había desaparecido tras negras nubes, y un fuerte viento arremolinaba las cenizas humeantes de la **hoguera de San Juan** sobre el prado. El joven acompañó a su amada hasta el gran molino y le repitió: «¡Reza por mí!». Luego saltó a su bote y remó hacia la otra orilla del río. El viento cesó tan repentinamente como había surgido, y la muchacha lo siguió con la mirada a la tenue luz de la luna hasta que alcanzó la otra orilla. Entonces corrió a su habitación y se arrodilló ante su pequeña imagen de la Virgen. La mecha ardía día y noche en el aceite aromático, proyectando una suave luz rojiza a través del cristal. Este colgaba de una cadena dorada frente al rostro del icono, y los serenos ojos de la santa contemplaban en silencio a la joven que oraba...

Mientras tanto, el hijo del campesino había cruzado el río y entrado en el bosque. Reinaba un gran silencio entre los altos árboles y los densos arbustos. Sólo la luz crepuscular de la luna nueva iluminaba las hojas en descomposición, y de vez en cuando algo crujía en la hierba. Entonces, el joven agarraba rápidamente el cuchillo de su cinturón. Pero no veía nada y seguía avanzando. Sobre un pequeño claro, cientos de luciérnagas danzaban. Se le metían en la ropa y entre el cabello... "¡Malditos bichos!" Furioso, intentó quitárselas de encima, pero no lo logró. Maldiciendo, empezó a golpear el aire, y de pronto todas huyeron. El bosque se volvió aún más oscuro y silencioso. Un búho ululó tres veces... El hijo del campesino ya estaba adentrado en lo más salvaje del bosque y vio el pantano donde crecían los grandes helechos. El búho volvió a gritar, y un escalofrío le recorrió el corazón. Una luz brilló entre los árboles, y sombras oscuras se deslizaron sobre su cabeza. Pero todo seguía en un silencio espectral. Del pantano emanaba un calor húmedo y sofocante.

"Aquí debo esperar", murmuró el joven. Sentía miedo, y al mismo tiempo estaba molesto por ese temor inexplicable.

"Chismes de vagabundo", refunfuñó y se sentó en la hierba. Pero de inmediato saltó de nuevo cuando una serpiente verde pasó rozándolo. Asombrado, clavó la mirada en sus

terribles ojos rojos y en los cuernos de su cabeza. La serpiente desapareció, pero entonces otros ojos comenzaron a brillar, de un verde llameante y un fulgor intenso... Estaba rodeado de seres invisibles y no se atrevía a moverse. El sudor le empapó la frente. En algún lugar lejano, el viento aullaba, pero el bosque permanecía en un silencio sepulcral. De pronto, un gallo cantó. Una luz apareció en el centro de un helecho gigante, creció y tomó la forma de un cáliz. ¡La Flor de Fuego, una flor hecha de lenguas de llamas!

El joven quedó hechizado. "*Así que era verdad*", susurró, asombrado. Dio un paso hacia la planta y, en ese mismo instante, una ráfaga de viento rugiente atravesó el bosque oscuro. Los árboles cayeron con estruendo, ramas rotas golpearon sus oídos, y de entre los arbustos emergieron demonios negros como el hollín. Aullaban como lobos hambrientos, y sus repugnantes lenguas rojas escupían fuego... Truenos retumbaron sobre el bosque que gemía, y murciélagos verdes salieron de los árboles, intentando morder el cabello del campesino. Una bruja torcida y malvada, montada en una escoba, cayó sobre sus hombros como un gato negro y lo golpeó sin piedad. Enloquecido por el miedo, el muchacho, antes tan arrogante, intentó rezar o al menos santiguarse. Pero su mano se cerró en un puño, y de su boca sólo salieron maldiciones...

Desesperado, trató de abrirse paso hacia la Flor de Fuego. Lo logró, pero el cáliz ardiente siempre se le escapaba. Maldijo a Dios y a todos los santos, y se lanzó sobre la flor. Resbaló y se agitó como un poseso. Así cayó al pantano. En ese mismo momento en que desaparecieron las apariciones fantasmal y la Flor de Fuego. Todo se volvió muy silencioso. La luz de la fina luna creciente se abrió paso entre las nubes y se deslizó temblorosa sobre una mano humana que, una vez más, se aferró convulsivamente al aire ...

Después de un tiempo, se escucharon pasos. Era el joven pastor. Más tarde, al cruzar el río, había entrado en el bosque. Con calma, buscó un camino entre los altos árboles. Conocía bien este lugar, pues a menudo había buscado animales perdidos aquí. Inmóviles, los troncos se elevaban a ambos lados. Cuando llegó al claro, cientos de luciérnagas danzaban su baile de verano. Lo rodearon y se posaron en su cabello.

-*¡Oh, qué hermoso!*", susurró el niño y tomó con mucho cuidado una luciérnaga en su mano.

-*Pequeña criatura de Dios*", le dijo en voz baja al brillante animalito.

"Tú misma eres un pequeño fuego, muéstrame el camino hacia la maravillosa Flor de Fuego".

Y he aquí que los insectos formaron una larga fila y volaron como un hilo luminoso delante de él.

-*Es una buena señal*", pensó alegre y los siguió con confianza. Así llegó al borde del pantano, rodeado por el bosque más denso que jamás había visto. Miró hacia la pálida luz de la luna y de repente escuchó el canto de un gallo. En ese mismo instante, vio algo brillar en el más grande de los helechos. Y lentamente se abrió un cáliz luminoso: la Flor de Fuego.

La reverencia y la admiración se apoderaron del niño. Miró y miró... hasta que sintió que era absorbido por el resplandor dorado. Pero entonces recordó el tesoro y dio un paso vacilante

hacia la flor. Un estruendo atronador lo hizo retroceder asustado. Relámpagos cruzaron la oscura noche. La tormenta se abalanzó furiosa sobre los altos troncos, y grandes ramas volaron alrededor del tembloroso pastor. Aterrorizado, miró a su alrededor y vio horribles figuras acercándose desde todos lados. Diablos negros como el hollín, con lenguas rojas como el fuego y colas como serpientes. Criaturas deformes, mitad cerdo, mitad enano. Brazos delgados y viscosos surgieron del pantano y se extendieron hacia él. En los árboles, las brujas aullaban como lobas y gritaban:

"¡La Flor es nuestra, nuestra, nuestra!"

El joven pastor se sintió irresistiblemente atraído hacia el pantano y, con un último esfuerzo, levantó los brazos hacia el cielo y gritó desesperado:

"¡Oh, gran Dios, ayúdame!". Y muy lejos de él, arrodillada ante el ícono sagrado, Wassilissa oraba:

"Querido Dios, ¡ayúdalo!"

Como por arte de magia, la tormenta se calmó y las figuras demoníacas desaparecieron. Los horribles brazos lo soltaron y, liberado, se enderezó. Entonces, la Flor de Fuego resplandeció e iluminó todo el entorno con su luz dorada.

Con devoción, Iván hizo la señal de la Santa Cruz – y arrancó la flor milagrosa. El susurro de los árboles sonaba como música lejana. Le pareció que por primera vez se le abrían los ojos y los oídos. Su mirada penetró profundamente en la tierra, y esta le reveló sus secretos. Escuchó crecer la hierba y comprendió el lenguaje de los pájaros:

"Juan", susurró, "las hogueras de San Juan han ardido, esta es la noche de San Juan".

Entonces, bajo el helecho más grande, vio un tesoro enterrado que brillaba. Tomó la pala que había traído, abrió la tierra y sacó una gran olla llena de oro, plata y relucientes piedras preciosas.

La flor en sus manos se había apagado como una vela, pero el joven pastor sintió que todo el calor y toda la luz habían fluido hacia su corazón. Tomó el tesoro y, dando gracias a Dios, corrió hacia casa. Los primeros rayos del sol lo acompañaron, y allá en lo alto, las alondras cantaban jubilosas...

Jamás se había celebrado una fiesta tan alegre en el próspero pueblo como la boda del rubio pastor y la hija del molinero, Wassilissa.

Aportación de IdeasWaldorf